Solo nosotros sabemos dónde girar

No toda cercanía necesita estar marcada en un mapa



Laura Bellini

Solo nosotros sabemos dónde girar

No toda cercanía necesita estar marcada en un mapa

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904022

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - La línea que no quería mover 12
Capítulo 2 - Los lugares a los que regresamos..... 24
Capítulo 3 - Donde termina la certeza..... 40
Capítulo 4 - Una hora sin mapas 53
Capítulo 5 - El derecho a dar mis propios pasos..... 69
Capítulo 6 - A un suspiro de distancia.....81
Capítulo 7 - Lo que no aparece en el mapa..... 97
Capítulo 8 - Las personas que se quedan.....108
Capítulo 9 - El precio de elegir el buen camino..... 121
Capítulo 10 - Quédate cuando se apaguen las luces 134
Capítulo 11 - Una mañana sin ruta trazada 146
Capítulo 12 - Un lugar que pertenece a otros.....158
Capítulo 13 - Los límites de la responsabilidad 171
Capítulo 14 - La verdad que hay que merecer 181
Capítulo 15 - Una promesa hecha a otra persona 192
Capítulo 16 - Caminos que deben separarse..... 206
Capítulo 17 - Por mi propio camino.....218
Capítulo 18 - Un lugar en la mesa compartida..... 230
Capítulo 19 - Lo que realmente dejamos en el mapa.....241
Capítulo 20 - Solo nosotros sabemos dónde girar..... 253

INTRO

La primera vez que me perdí en una ruta que yo misma había trazado fue un jueves, a las nueve y diecisiete de la mañana.

No era precisamente una circunstancia que pensara incluir en mi informe para la editorial.

Estaba en una bifurcación de caminos forestales en los montes Beskid Sądecki, con el teléfono en una mano y un mapa de papel en la otra, intentando convencerme de que el problema se debía a unos datos satelitales desactualizados. Frente a mí se alzaba una ladera cubierta de hayas. A la izquierda, un sendero descendía suavemente entre los árboles; a la derecha, otro desaparecía tras una curva que, según mi proyecto, ni siquiera debería existir.

Ambos parecían transitados. Ninguno estaba señalizado.

—Fantástico —murmuré.

La niebla flotaba a poca altura sobre el valle. En el aire húmedo se mezclaban los olores de la tierra, las hojas mojadas y el humo que llegaba de las casas lejanas. Hacía más frío de lo que anunciaba el pronóstico, y mi jersey de lana, que había comprado principalmente por su color, resultó ser una protección bastante mediocre contra el frío de noviembre.

En la pantalla del teléfono parpadeaba un punto azul. Según la aplicación, me encontraba a unos metros del trazado previsto. Según mis propios ojos, estaba exactamente donde debía estar.

Tenía treinta y un años, ocho de experiencia elaborando mapas turísticos y una aversión profesional hacia quienes afirmaban que bastaba con seguir caminando.

Por desgracia, acababa de quedarme sin ideas mejores.

Elegí el camino de la derecha.

Después de dar unas cuantas decenas de pasos, vi a un hombre junto a un poste de madera. Llevaba una chaqueta oscura, un grueso jersey gris y unas botas de montaña cubiertas de barro. Era alto, de pelo corto y oscuro, con un rostro en el que la barba de varios días parecía más una elección deliberada que una muestra de descuido.

Observaba mi mapa desde unos metros de distancia.

—Por ahí no llegará —dijo.

Ni siquiera me preguntó adónde iba. Aquello me irritó de inmediato.

—¿Y cómo sabe adónde pretendo llegar?

—Porque ese camino termina ahí.

Miré por encima de su hombro.

—En mi mapa continúa.

—Entonces su mapa tiene planes más ambiciosos que el camino.

Debería haber ignorado el comentario. En lugar de hacerlo, doblé el papel y me acerqué.

—¿Han cerrado el camino?

—No. Simplemente no lleva adonde usted cree.

Hablaba con tranquilidad, sin el menor tono condescendiente. Tenía una voz grave, ligeramente ronca, como si aquella mañana hubiera bebido un café demasiado

caliente o hubiera pasado la mayor parte de su vida conversando al aire libre.

—Soy cartógrafa —anuncié.

Una de las comisuras de sus labios se elevó apenas.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Qué cosas, exactamente?

—Por qué confía más en una línea dibujada que en sus propias botas.

Tenía preparada una respuesta, pero conseguí contenerla en el último instante. Aquel hombre no me miraba con superioridad. Más bien parecía alguien sinceramente interesado en descubrir qué haría a continuación.

Y eso resultaba bastante más inquietante.

—Kaja Soból —me presenté, tendiéndole la mano—. Estoy preparando una nueva ruta de senderismo para una guía de los Beskid Sądecki.

Me estrechó la mano. Tenía los dedos fríos y la piel áspera por el trabajo al aire libre. Su apretón fue firme, aunque no intentó retener mi mano más tiempo del necesario para saludarme.

—Szczepan Roj. Guía de montaña.

Reconocí el apellido al instante.

Szczepan Roj figuraba en la lista de colaboradores regionales que me había enviado la editorial. Era el responsable de las consultas sobre el terreno, la evaluación de la seguridad y el contacto con los habitantes de la zona. Se suponía que nos encontraríamos al día siguiente en Piwniczna-Zdrój.

—Se suponía que usted vendría mañana.

—Y se suponía que usted empezaría por el tramo occidental.

Lo miré con desconfianza.

—¿Cómo lo sabe?

—Me enviaron el calendario de trabajo.

—El calendario es orientativo.

—Ya me he dado cuenta.

En sus ojos descubrí una chispa de diversión, pero también algo más difícil de definir. Atención. Como si, en lugar de buscar la manera de ganar aquella conversación, intentara comprender por qué me importaba tanto salirme con la mía.

Resultaba incómodo porque yo misma conocía la respuesta.

Después de dos años trabajando en proyectos ajenos, por fin había conseguido la oportunidad de firmar una guía propia. No como subcontratada ni como la persona encargada de corregir los errores de alguien más importante. Mi nombre aparecería en la página del título, y la ruta que había diseñado se convertiría en uno de los elementos principales de la publicación.

No quería comenzar aquella colaboración admitiendo que era incapaz de encontrar el sendero correcto.

Szczepan miró hacia la bifurcación.

—¿Qué quiere mostrarle a la gente?

—Una ruta sencilla y accesible. Con buenas vistas, varios lugares donde descansar y la posibilidad de completar un recorrido circular sin necesidad de regresar por el mismo camino.

—Suena razonable.

—Gracias.

—Siempre que no la dibuje atravesando el patio de alguien.

Me quedé inmóvil.

—He comprobado el trazado con toda la documentación disponible.

—Lo sé. Por eso le propongo que lo compruebe también aquí.

Se volvió y señaló un sendero estrecho entre las hayas. No lo había visto antes. Apenas era una franja de tierra compactada, parcialmente oculta bajo las hojas caídas.

—¿Un atajo? —pregunté.

—Más bien otra manera de llegar a la respuesta.

No me moví enseguida.

—¿Siempre habla con acertijos?

—Solo cuando alguien llega con la respuesta ya decidida.

Debería haber sentido únicamente irritación. Sin embargo, por primera vez aquella mañana, tuve verdaderas ganas de sonreír.

Saqué el teléfono para comprobar la dirección del sendero, pero Szczepan levantó una mano.

—De momento, le pediría que no registre este tramo.

—¿Por qué?

Durante unos instantes contempló los árboles.

—Porque no todo lo que se puede descubrir debería aparecer inmediatamente en una guía.

Aquella frase no me gustó. Sobre todo viniendo de un hombre cuya tarea consistía precisamente en ayudarme a crear un mapa.

—Mi trabajo es mostrarle a la gente lugares que merecen la pena visitar.

—Y el mío, asegurarme de que sigan mereciendo la pena después de que los hayan visitado.

Nos miramos en silencio durante unos segundos.

Ya sabía que no sería un colaborador fácil. No parecía de esos que firman cualquier cosa con tal de evitar problemas. Peor aún, poseía esa clase particular de serenidad capaz de convertir un simple intercambio de opiniones en un desafío.

Guardé el teléfono en el bolsillo.

—¿Puedo ver adónde conduce ese sendero sin prometerle que lo dejaré fuera del mapa?

Szczepan me miró de otra manera. Con más atención y sin el divertimento de antes.

—Sí —respondió—. Me parece justo.

Nos adentramos entre los árboles.

El sendero era más estrecho de lo que había imaginado. Las ramas de las hayas formaban una bóveda sobre nuestras cabezas, mientras la niebla se filtraba entre los troncos como leche derramada. Szczepan caminaba delante de mí, pero cuando el terreno empezó a empinarse, redujo el paso y me permitió elegir mi propio ritmo.

No me ofreció una ayuda que no necesitaba. No hizo comentarios sobre mis botas ni sobre mis decisiones. Solo al llegar a una raíz resbaladiza se detuvo para señalarme un paso más seguro.

—Por la izquierda hay más estabilidad.

—Ya lo veo.

—Lo sé.

Sonreí sin poder evitarlo.

Unos minutos después, el bosque comenzó a abrirse. Ante nosotros apareció un pequeño claro protegido del viento. Había un viejo banco de madera y, detrás de él, el valle descendía hacia unas casas cuyos tejados apenas sobresalían por encima de la niebla.

No había paneles informativos, papeleras ni un acceso ancho marcado por el paso de los visitantes. Sin embargo, alguien se había ocupado de cuidar el banco. Las tablas parecían recién sustituidas y, a un lado, había una pila de leña cuidadosamente ordenada bajo una pequeña cubierta.

En uno de los respaldos alguien había tallado un corazón diminuto y dos iniciales.

Szczepan se detuvo al borde del claro.

—Es precioso —dije en voz baja.

No respondió inmediatamente.

—Exactamente.

Saqué la cámara. La luz era perfecta, suave y plateada, y aquel lugar reunía todo lo que estaba buscando: tranquilidad, buenas vistas y la sensación de haber descubierto algo extraordinario.

A través del objetivo vi a Szczepan.

Estaba a unos pasos, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Contemplaba el claro con una ternura que no intentaba disimular. De pronto, dejó de ser simplemente un guía atractivo y obstinado. Vi a un hombre

para quien aquel pequeño rincón de tierra tenía un significado personal.

Bajé la cámara antes de tomar la fotografía.

—¿Szczepan?

Volvió la cabeza.

—¿Sí?

—¿Por qué no quiere realmente que marque este lugar en el mapa?

Miró el banco y después a mí. En su silencio había más cautela que en toda nuestra conversación anterior.

—Porque a veces un mapa no muestra lo más importante.

Me acerqué hasta que apenas nos separaba un paso. El olor de la lana húmeda se mezclaba con el aire frío. Él no retrocedió, pero me dejó decidir a qué distancia quería quedarme.

—¿Y si soy capaz de dibujar algo que usted todavía no ve? —pregunté.

Durante un instante me sostuvo la mirada.

—Entonces tendré que aprender a confiar en usted.

No sabía por qué aquellas palabras me habían parecido más íntimas que un cumplido. Solo sabía que, por primera vez en mucho tiempo, la opinión de alguien empezaba a importarme más de lo que debería después de menos de una hora de conocerlo.

Szczepan apartó la mirada hacia el valle, dejándome espacio para reflexionar.

Y yo contemplé el sendero que todavía no figuraba en ningún mapa y pensé que aún podía elegir mi propio rumbo.

Pero ¿de verdad quería regresar sola?

Capítulo 1 - La línea que no quería mover

Cuando bajamos del claro, Szczepan no intentó convencerme de que debía eliminarlo de mi proyecto. Aquello resultaba casi más irritante que sus comentarios anteriores. Esperaba argumentos, advertencias y otra dosis de sabiduría montañesa sobre la gente que llega de la ciudad creyendo que lo sabe todo. Sin embargo, me guio por el bosque, señaló las raíces resbaladizas y respondió a mis preguntas sobre la pendiente del terreno. Se comportaba como un profesional al que le habían encomendado una tarea concreta. Solo cuando lo miré de reojo advertí cierta tensión en la línea de su mandíbula.

Decidí no volver al tema hasta que hubiéramos reunido más datos.

Mi decisión duró once minutos.

—Sabes que no puedo dejar un espacio en blanco en la guía solo porque a alguien le guste un lugar, ¿verdad? —pregunté mientras saltaba un pequeño arroyo.

Szczepan se detuvo en la otra orilla.

—No te he pedido que dejes un espacio en blanco.

—Me has pedido que no marque nada.

—De momento.

—Es una expresión bastante cómoda.

Extendió una mano para señalarme una piedra en la que podía apoyar el pie con seguridad. Seguí su indicación, pero no acepté su ayuda. Él no hizo ningún comentario.

—Kaja, todavía no conozco todo tu proyecto. Y tú no conoces todo el terreno. ¿Por qué no comprobamos primero a qué nos enfrentamos?

La forma en que pronunció mi nombre suavizó un poco el significado de sus palabras. No sonó como una orden ni como una reprimenda condescendiente. Más bien como una invitación a una conversación en la que ambos teníamos derecho a discrepar.

—Está bien —respondí—. Pero quiero saber cuáles son tus objeciones antes de hacer modificaciones.

—Me parece justo.

—¿Utilizas esa palabra cuando no encuentras una respuesta mejor?

—La utilizo cuando alguien plantea una condición razonable.

—¿O sea que no muy a menudo?

Sonrió.

—Hoy ya es la segunda vez.

Durante la siguiente media hora recorrimos un tramo que en mi proyecto figuraba como una ruta familiar fácil. En realidad, tenía dos ascensos pronunciados, una bajada erosionada y una sección por cuyo centro corría el agua después de las lluvias. Tomé fotografías, registré coordenadas y anoté observaciones. Szczepan no miraba por encima de mi hombro. Cuando quería mostrarme algo, esperaba a que terminara.

Aquella paciencia empezaba a impresionarme.

Nos detuvimos un buen rato junto a una antigua alcantarilla de drenaje. El agua había socavado las piedras, y

la pasarela provisional de madera parecía obra de alguien que tenía más optimismo que materiales adecuados.

—¿Los vecinos pasan realmente por aquí? —pregunté.

—Sí. Pero saben lo que van a encontrarse.

—Un turista no lo sabrá.

—Exactamente.

Me arrodillé y examiné la estructura desde un lado. Una de las tablas se estaba separando de la viga transversal, y el apoyo del otro extremo había cedido varios centímetros.

—No voy a aprobar este tramo —anuncié.

Szczepan asintió.

—Estoy de acuerdo.

Lo miré con incredulidad.

—¿Así, sin más?

—¿Quieres que me oponga para mantener el equilibrio?

—Sería coherente.

Se rio. No fue una carcajada, pero su rostro adquirió de pronto un aspecto más joven y relajado. Descubrí una pequeña arruga junto a su ojo izquierdo y, de manera inesperada, deseé averiguar con qué frecuencia aparecía.

Regresé rápidamente a mis notas.

—Podemos llevar la ruta más arriba, por la cresta —dije—. Se alargaría unos seiscientos metros, pero la pendiente sería más suave.

—Siempre que no hagas pasar a la gente por un prado privado.

—Hay un paso.

—En los mapas antiguos.

Suspiré.

—Empiezo a tener la impresión de que toda la cordillera de los Beskid Sądecki existe exclusivamente para dejarme en ridículo.

—No toda. Algunas partes tienen otras ocupaciones.

Le entregué la tableta con el mapa abierto.

—Entonces enséñame por dónde podemos pasar.

Estudió la pantalla durante unos instantes. Yo estaba a su lado, lo bastante cerca para distinguir las gotas de humedad sobre la manga de su chaqueta y una pequeña cicatriz que le cruzaba el nudillo del pulgar derecho. Olía a bosque, a café y a algo cálido, quizá jabón de cedro. Me pregunté si siempre prestaba tanta atención a mis compañeros de trabajo.

No. Definitivamente, no.

Szczepan señaló una estrecha franja de terreno.

—Por aquí. Un antiguo camino de servicio. Sigue siendo de acceso público, aunque la entrada está cubierta de vegetación.

—¿Estás seguro?

—Comprobaremos el trazado y la situación legal del terreno. No quiero que basemos la decisión únicamente en mis recuerdos.

Aquellas palabras sonaron mejor que cualquier declaración sobre sus competencias.

Marqué la alternativa provisional.

—Así que admites que la tecnología a veces resulta útil.

—Nunca he afirmado lo contrario.

—Simplemente tienes un conflicto personal con mi tableta.

—Con tu tableta, no. Con tu convencimiento de que siempre tiene razón, un poco.

Cerré la funda.

—Esa seguridad me permite ganarme la vida.

Szczepan se puso serio.

—Entonces entiendo por qué te aferras tanto a ella.

No respondí. No porque me faltaran argumentos, sino porque su observación había alcanzado una parte de mí que no tenía intención de mostrarle.

Una vez, un superior me dijo que era excelente corrigiendo las ideas de otros, pero que me faltaba valor para defender las mías. Dejé aquella empresa seis meses después. Desde entonces, consideraba cada proyecto una prueba de que estaba equivocado.

Szczepan no podía saberlo. Y, sin embargo, su manera de mirarme hacía que quisiera explicarle más de lo que resultaba apropiado durante nuestro primer día de relación profesional.

Regresamos a los coches por la tarde. La niebla se había disipado y dejaba al descubierto las laderas cubiertas por los colores del final del otoño. Tenía las piernas agradablemente cansadas, pero en mi cabeza ya estaba organizando una lista de correcciones. Antes de marcharme quería revisar todo el recorrido y determinar qué tramos necesitaban verificaciones adicionales.

Szczepan extendió un mapa de papel sobre el capó de su todoterreno. Colocó dos piedras y un termo sobre las

esquinas y después señaló con el dedo la parte central del circuito previsto.

—Aquí tenemos un problema.

—Lo sé. La alcantarilla.

—No solo eso.

Señaló una zona que también incluía el claro.

—Si hacemos pasar por aquí una ruta señalizada, cambiará el tránsito de personas por toda la ladera.

—Estamos hablando de una ruta de senderismo, no de una autopista.

—Entiendo la diferencia.

—¿Entonces?

—Entonces me gustaría que, antes de aprobar el recorrido, habláramos con las personas que viven allí.

Apoyé las manos sobre el capó.

—Las consultas con los vecinos no forman parte de mi encargo.

—El contacto con los residentes sí forma parte del mío.

—Eso no significa que todos los propietarios puedan decidir qué aparece en la guía.

—No te estoy proponiendo una votación sobre tu mapa.

—¿Qué propones, entonces?

—Que no publiques el trazado exacto de esta alternativa hasta que sepamos a quién afectará el aumento de visitantes.

Sentí aquella resistencia tan familiar. La editorial esperaba de mí un producto concreto, el calendario era ajustado y una parte de mis honorarios dependía de que entregara el

material a tiempo. No podía permitir que el proyecto se convirtiera en una serie interminable de conversaciones.

—Tengo cuatro semanas para terminar el trabajo de campo —dije—. No voy a esperar meses a conseguir una autorización indefinida.

—No te estoy pidiendo meses.

—¿Y si los vecinos dicen que no?

Szczepan guardó silencio durante unos instantes.

—Entonces tendremos que considerar si existe una solución que no les haga asumir todo el coste de nuestro trabajo.

—¿Nuestro?

—Los dos firmaremos la documentación del trabajo de campo.

Lo miré con mayor severidad.

—Eso no significa que tengas derecho a bloquear mi proyecto.

—No lo tengo. Pero puedo negarme a certificar la seguridad y la adecuación de la ruta a las condiciones reales si no dispongo de motivos suficientes para hacerlo.

Lo dijo con calma. Sin amenazas ni levantar la voz. Precisamente por eso me tomé sus palabras en serio.

—¿Me estás dando un ultimátum?

—Estoy estableciendo una condición para poner mi firma.

Durante varios segundos solo escuché el ruido de un coche que circulaba por la carretera situada debajo del aparcamiento.

—Sabes que puedo pedirle a la editorial otro asesor, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y eso no te preocupa?

Me miró atentamente.

—Me preocupa más que entonces no hubiéramos tenido esta conversación.

Aparté la cabeza, fingiendo interés por el mapa. Poseía una habilidad indecente para responder de tal manera que una perdía las ganas de seguir discutiendo sin sentirse, por ello, convencida.

Saqué el teléfono y llamé a Magda, la editora responsable del proyecto.

Contestó al tercer tono.

—¿Kaja? ¿Qué tal el trabajo de campo?

—Más interesante de lo que esperábamos. Tengo una propuesta para corregir uno de los tramos y necesito confirmar cuánto podemos retrasar la aprobación definitiva del recorrido.

—¿Es un cambio importante?

—Potencialmente, sí. No quiero aprobar algo que todavía no hemos comprobado.

Magda suspiró.

—La maquetación empieza dentro de cinco semanas. Si recibo el trazado definitivo en un plazo de tres, podremos hacerlo. Pero no más tarde.

—Entendido.

Colgué y miré a Szczepan.

—Tres semanas. Eso es lo que tenemos para verificar los datos y hablar con los vecinos. Nada de consultas interminables.

—Suficiente para empezar.

—Y nada de ocultarme información.

Su rostro quedó inmóvil por un instante.

—De acuerdo.

—Szczepan, hablo en serio.

—Yo también.

Extendí la mano por encima del mapa.

—Entonces trabajaremos juntos. Pero las decisiones sobre el contenido de la guía me corresponden a mí. Tú evalúas el terreno, la seguridad y presentas la postura de los residentes. Si no estamos de acuerdo, dejaremos constancia de nuestras diferencias.

Me estrechó la mano.

—¿Y si resulta que tienes razón?

—Tendrás que reconocerlo.

—Suena doloroso.

—Te acostumbrarás.

No soltó mi mano inmediatamente, aunque tampoco intentó retenerla. Fui yo quien tardó una fracción de segundo en retirar los dedos. Estoy casi segura de que lo notó, pero tuvo suficiente tacto para no comentarlo.

Finalmente, aparté la mano y empecé a doblar el mapa.

—¿Mañana a las nueve? —pregunté.

—A las nueve. Junto al puente de Rytro. Te enseñaré una alternativa que no aparece en tus materiales.

—¿Otro sendero misterioso?

—Esta vez uno que yo mismo querría incluir en la guía.

Aquello me sorprendió.

—¿Así que no estás en contra del turismo?

—Nunca lo he estado.

—Tienes una manera muy complicada de demostrar tu apoyo.

—Y tú tienes una manera muy sencilla de asumir que alguien está en tu contra.

Abrí la boca, pero no encontré una respuesta que no sonara infantil.

Szczepan retiró las piedras del mapa y lo enrolló cuidadosamente.

—Quiero que esta guía sea buena, Kaja. De verdad. No porque mi nombre vaya a aparecer en la documentación. Simplemente porque habrá personas que utilizarán lo que preparemos.

En su voz no había mera cortesía profesional. Hablaba como alguien que ya había visto las consecuencias de decisiones ajenas aparentemente insignificantes.

—Para mí también es importante —respondí en voz más baja.

—Lo sé.

—No lo sabes.

Vaciló.

—Tienes razón. Todavía no.

Aquella última palabra me produjo un alivio inesperado. No fingía conocer mis motivaciones. No intentaba resolver en dos frases problemas de los que ni siquiera le había hablado.

Aquella noche extendí los materiales sobre la mesa del apartamento que había alquilado en Piwniczna-Zdrój. Llovía

al otro lado de la ventana, y en el alféizar descansaba una taza de té que llevaba mucho tiempo fría. En el monitor tenía abiertas tres versiones del trazado. Cada una solucionaba un problema y creaba otro.

Trabajé durante casi dos horas antes de darme cuenta de que seguía regresando al tramo que incluía el claro.

No tenía ninguna fotografía de aquel lugar.

Recordé el momento en que había bajado la cámara. Entonces había sido una decisión espontánea, provocada por algo que había visto en el rostro de Szczepan. Ahora me preguntaba si no habría cometido un error profesional. La documentación fotográfica debía estar completa, independientemente de mis sentimientos personales.

Abrí el archivo de la ortofotografía. Cerca del claro aparecían unas pequeñas edificaciones a las que llegaba un camino estrecho. En una capa cartográfica más antigua, sus alrededores tenían un aspecto diferente. Marqué las diferencias, pero no conseguí determinar cuáles eran relevantes.

El teléfono vibró.

Un número desconocido.

«Mañana puede que la cresta esté resbaladiza. Lleva unos guantes mejores que los de hoy. Szczepan».

Leí el mensaje dos veces.

«Mis guantes eran adecuados».

La respuesta llegó casi inmediatamente.

«Para sujetar el teléfono. No para agarrarte a barandillas mojadas».

Sonreí mirando la pantalla.

«¿Siempre evalúas el equipo de tus compañeros de trabajo?».

«Solo el de quienes intentan negociar con la gravedad».

Me acomodé mejor en la silla.

«Nos vemos a las nueve».

Durante unos segundos aparecieron los tres puntos que indicaban que estaba escribiendo una respuesta. Después desaparecieron. Finalmente, llegaron unas palabras:

«Hasta mañana, Kaja. Y no trabajes hasta medianoche».

Miré el reloj. Eran las once y cuarenta y ocho de la noche.

No tenía forma de saber cómo había transcurrido mi velada. Probablemente solo estaba adivinando. Aun así, me sentí observada de una manera que no conseguían ni los elogios profesionales ni los nuevos contratos firmados.

Apagué el ordenador, pero antes de acostarme volví a mirar el mapa de papel.

Por el centro discurría una línea roja que llevaba muchas semanas dibujando. Conocía cada curva y cada lugar de descanso previsto. Estaba orgullosa de ella.

Ahora, después de un solo día sobre el terreno, tenía que admitir que no todas las respuestas se encontraban donde yo las había colocado.

Sin embargo, había algo más que me inquietaba.

No sabía si me importaba más defender mi propio proyecto o volver a ver al día siguiente al hombre que había conseguido cuestionar mi seguridad con tanta eficacia.

Capítulo 2 - Los lugares a los que regresamos

A la mañana siguiente llegué a Rytro quince minutos antes de la hora acordada. Llevaba unos guantes nuevos, un termo de café y la firme decisión de comportarme durante todo el día como una profesional sensata.

Lo último resultó ser lo más difícil.

Szczepan ya me esperaba junto al puente. Estaba apoyado en el coche y hablaba por teléfono, gesticulando discretamente con la mano que tenía libre. Cuando me vio, asintió con la cabeza, pero no interrumpió la conversación. Solo unos instantes después escuché su última frase.

—Iré esta tarde. Si hay que mover algo, lo haré antes de que oscurezca.

Guardó el teléfono y se acercó.

—Buenos días, señora cartógrafa.

—Buenos días, señor guía.

Miró mis guantes.

—Veo progresos.

—Los he comprado por voluntad propia.

—Por supuesto.

—Y no espero ningún comentario.

—Entonces me abstendré de felicitarte.

Estaba de un humor excelente. Envidiaba aquella facilidad para tomarse las cosas con calma, porque yo apenas había dormido algo más de cinco horas. Antes de acostarme había comprobado otras tres alternativas del recorrido, leído dos

veces el contrato y pensado una vez si sería apropiado escribirle a Szczepan algo que no estuviera relacionado con el trabajo.

Por suerte, no lo hice.

—Empezaremos por el sendero que sube a la cresta —anunció—. Después bajaremos por un tramo de un camino antiguo. Quiero que compares las dos alternativas.

—Y yo quiero establecer algunas reglas antes de que volvamos a discutir sobre el mapa.

Enarcó las cejas.

—¿Has preparado un reglamento?

—Casi.

Saqué mi cuaderno. No se rio, aunque noté que tenía ganas.

—Primero, toda propuesta de modificación debe estar justificada. Segundo, no eliminaremos un tramo simplemente porque a alguien no le guste. Tercero, nos comunicaremos inmediatamente cualquier información relevante para el proyecto.

—Suena bien.

—Y cuarto, si queremos hablar de asuntos personales, lo haremos fuera de los acuerdos oficiales.

Esta vez sí sonrió de verdad.

—Ese último punto es especialmente interesante.

—¿Por qué?

—Porque no sabía que estuvieras planeando conversaciones sobre asuntos personales.

Sentí que el calor me subía por el cuello de la chaqueta.

—No las estoy planeando. Quiero evitar malentendidos.

—Entiendo.

—Szczepan.

—Kaja.

Me miraba con tanta tranquilidad que empecé a sospechar que comprendía perfectamente lo que intentaba ocultar.

—¿Podemos empezar a caminar? —pregunté.

—Podemos.

La nueva alternativa resultó mucho mejor de lo que esperaba. Recorría una ladera de pendiente suave, atravesaba un pequeño claro y enlazaba con un sendero señalizado ya existente. No ofrecía las vistas espectaculares que tanto gustaban a los editores de guías turísticas, pero tenía algo igualmente valioso: un ritmo natural para caminar.

Szczepan me dejó ir delante. Cuando llegábamos a una bifurcación, no señalaba automáticamente el camino correcto. Esperaba a que comprobara el trazado, evaluara el terreno y tomara una decisión. Solo entonces compartía sus observaciones.

Después de una hora empecé a comprender que lo hacía deliberadamente.

—No necesitas ponerme a prueba —dije.

Se detuvo.

—No te estoy poniendo a prueba.

—Ayer conocías la respuesta a todas las preguntas. Hoy, de repente, finges no saber por dónde ir.

—Porque hoy estamos comprobando si alguien que no conoce el terreno será capaz de encontrar el camino.

Lo miré sorprendida.

—¿Así que soy una participante en el ensayo?

—Eres la diseñadora de una ruta que necesita verla con los ojos de un futuro excursionista.

Reflexioné un momento.

—En realidad, es una buena idea.

—Voy a apuntar la fecha.

—No exageres.

—Es el primer elogio que recibo de ti. Merece la pena conservarlo.

Me reí y sentí que la tensión del día anterior empezaba a desaparecer.

En la siguiente bifurcación tuve que elegir entre dos senderos. Uno era ancho, pero descendía de manera pronunciada. El otro, más estrecho, rodeaba suavemente la colina.

Elegí el segundo.

Szczepan asintió.

—¿Por qué?

—Menor desnivel, terreno más estable y mejor visibilidad de las siguientes curvas. Será más cómodo para familias con niños.

—¿Y para las personas mayores?

Examiné la superficie.

—Habrá que comprobar si se acumula agua aquí después de llover. Si no es así, también será la mejor alternativa.

—Precisamente por eso quería enseñártela.

Lo miré.